

COMPARTIENDO

# MI HISTORIA MIGRATORIA

Ayudo a desmontar los estereotipos

Un proyecto de SIETAR España



**SIETAR**ESPAÑA

Society for Intercultural Education  
Training and Research

## Prólogo

Son muy distintas las razones por las que decidimos emprender un proyecto migratorio. Ni tan siquiera lo llamamos así. Buscamos un cambio en la vida y cada uno tiene su propia razón, su propia motivación y su propio sueño y, esos sueños, también son muy diferentes. Puede ser un trabajo mejor, una oportunidad de estudiar, un amor, la libertad o, un día sin tener que huir de las bombas. Migrar es un derecho humano. Migrar es crecer. Migrar es aportar desde la diversidad (si te dejan pronunciarla). Cada migrante tendrá sus propias connotaciones en referencia a esta palabra. En SIETAR estamos convencidos que la diversidad cultural aporta un gran valor.

Nuestra misión consiste en promover el diálogo intercultural en la sociedad a través de nuestra profesión y contribuir a desarrollar una sociedad más igualitaria, donde la competencia intercultural disponga de un valor reconocido.

Con este recopilatorio de historias migratorias de nuestros socios y nuestras socias queremos enseñar diferentes razones para emigrar y demostrar como un proyecto migratorio genera riqueza interna y qué aporta a la sociedad.

Agradezco mucho la colaboración de todas las personas que decidieron contar historias tan personales y con ella, aportar un granito de arena para romper los estereotipos sobre la población inmigrante. Como dijo Alma, una de las autoras: *"Ha sido una experiencia un poco catártica en el sentido de hacer un esfuerzo de síntesis de lo que significa la experiencia migratoria. Pocas veces se tiene la oportunidad de sentarse a reflexionar al respecto y esta ha sido una gran oportunidad para hacerlo"*.

Espero que recibas estas historias con el corazón y la mente abierta, con mucha empatía, agradecimiento y curiosidad. Y la próxima vez cuando te encuentres con una persona migrante y tengas tiempo para tomar un té, pregunta si quiere compartir contigo su historia.

Agradezco especialmente a Lilian Castro, a Teresa Díaz y a Martyna Gülcemal su colaboración en este proyecto.

Anna Zelno  
Presidenta de SIETAR España



**Alma Ramírez Iñiguez**  
**Nacida en Ciudad de México, México**  
**Residente en Ciudad de México, México**  
**Nivel de estudios: Doctora en Educación**

Nací en la Ciudad de México, una de las ciudades más grandes del mundo. Creo que por esta razón tengo una fascinación por las ciudades grandes y suelo sentirme “como en casa” en las capitales de los países que he visitado. Mi ciudad natal es un sitio de grandes contrastes, un lugar donde coexisten la riqueza, la pobreza, barrios que concentran importantes corporativos internacionales y otros que conservan su naturaleza rural. Así, una de las características fundamentales de mi ciudad es su diversidad cultural y social, así como su historia prehispánica, colonial y contemporánea visible en sus calles y arquitectura. Los recuerdos felices de mi niñez están asociados con las grandes comidas en las que se reunía toda la familia: mis abuelos, tíos, primos, hermanos, todos compartiendo con música de Los Panchos y Julio Jaramillo.

Toda mi vida la pasé en la ciudad donde nací hasta los 30 años de edad. Después de trabajar 6 años en un departamento de la Universidad, decidí concursar por una beca para realizar estudios de posgrado en España. Gané la beca y fue así que me fui a Barcelona, y lo que comenzó como un plan de 3 años, se ha convertido en una vida migratoria de un poco más de una década, donde el cambio de residencia se ha convertido en algo natural para mí.

En 2007 llegué a Barcelona, específicamente al barrio de Sant Gervasi al que llegué a través del contacto de una amiga española, quien me alquiló una habitación en un piso compartido con dos personas de Francia y una de Perú. Esta fue mi primera experiencia viviendo en otro país y compartiendo la vivienda con personas de diferentes países. Recuerdo el primer día que recorrí este barrio. Primera sorpresa, era domingo y ninguna tienda estaba abierta. En España, y creo que en el resto de Europa, los domingos son “días muertos”, cosa nueva para mí, acostumbrada a un ritmo ciudadano con tiendas y supermercados que abren todos los días la semana. Poco tiempo después me di cuenta que llegué a vivir un barrio “pijo” el primero como de diez barrios más, y fui descubriendo la diversidad cultural, social y económica de la ciudad, sus luchas y reivindicaciones, y comencé a sentir “la otredad”, esa sensación de ser vista como diferente, la sensación de “no ser de aquí”.

Vivir como extranjera representa enfrentar varios retos. Reconozco que, como migrante, he tenido condiciones privilegiadas. En primer lugar, partí de mi lugar de origen con una beca y con la condición de estudiante, por lo que mi situación legal en un país extranjero fue fácil de tramitar. Igualmente, mis necesidades económicas estaban cubiertas. Sin embargo, las dificultades las enfrenté años después cuando en 2010 me invitaron a trabajar en un proyecto de investigación dentro de la universidad. En una oficina pública en la que estaba haciendo los trámites para poder trabajar en este proyecto, el hombre que me atendió me dijo simplemente “no puedes trabajar con una visa de estudiante”, lo cual me dejó muy triste. Al final pude trabajar porque contaba con un NIE pero fui consciente de las dificultades que una persona extranjera puede tener y las múltiples categorías que existen para nombrarnos: “extranjera”, “extranjera no comunitaria”, “inmigrante legal”, “inmigrante ilegal”, entre otros. Cada una está asociada a otras etiquetas y estigmas:

“pobre”, “moro”, “sudaca”, “africano”, que te encierran en una descripción limitada de la que siempre intentas salir como si fuera una lucha que nunca acaba.

Ser parte de la “otredad” me permitió un conocimiento de mi misma y de mis códigos que no hubiera tenido si nunca hubiera salido de mi lugar de origen. Ser consciente de mi lenguaje y de las ideas que se tienen de una persona a partir de su lugar de procedencia. Ser consciente también de que mi apariencia física me ha librado de discriminaciones que otras personas mexicanas han sufrido. La frase “no pareces mexicana” ha sido una manera de hacerme ver los prejuicios existentes y ponerme distintas etiquetas a partir de los mismos.

En 2014 me mudé por un año a Buenos Aires y al llegar tuve la misma sensación de novedad de cuando llegué a Barcelona. Conocer los supermercados, las frutas y verduras locales, las distintas maneras de llamar a las cosas y sentir otra forma de vivir la “otredad”, de ser extranjera en otro país, lo cual me permitió vivir nuevas maneras de concebir la inmigración, su riqueza y dificultades.

Actualmente, soy profesora e investigadora en Ciudad de México pero en un mes me mudo a Mexicali, ciudad fronteriza con Estados Unidos. Es breve el espacio para sintetizar todo la transformación personal que conlleva la migración, pero sin duda forma parte de mi vida y se ha vuelto algo natural. Vuelvo a España cada año y tengo un fuerte lazo emocional con esta tierra, al igual que lo tengo con el Cono Sur. ¿Qué otros lazos estableceré en otras tierras? Aún no lo sé, pero ahí están latentes y esta es mi forma de vida, es lo que soy, entre otras cosas, una migrante.



**Aminata Soucko**  
**Nacida en Kita, Mali**  
**Residente en Valencia, España**  
**Nivel de estudios: Técnica superior de laboratorio**

Soy Aminata Soucko y llegué a Valencia el 8 de octubre de 2008. Ese mismo día, cuando yo aún no entendía nada de español, apareció una noticia sobre violencia de género en la televisión y un gracioso me dijo algo así como que, en España, si no hacía caso a mi marido, terminaría muerta. Yo pensé *¿en qué país me he metido?*

Nací en Niafala un barrio de Kita, un pequeñito pueblo en la región de Kayes, Mali. La gente es muy honrada. No tenemos casi nada pero nos queremos mucho. Y llegué a Valencia porque mi ex marido vino aquí para encontrar un trabajo digno y yo no podía negarme a nada.

Personalmente no tenía ninguna motivación para venir porque lo que yo quería entonces era continuar con mis estudios de bachiller en Mali, y poder ser médica algún día. Desde pequeña tuve vocación por la medicina pero las costumbres del país donde nací cambiaron mi destino.

Mi familia me casó a los 17 años porque para ellos el matrimonio es muy importante y una mujer que no está casada es rechazada por la sociedad. Las mujeres deben ser sumisas y siempre tratar a su marido como si fuese un rey.

Requisito indispensable para poder casarte es la ablación, ya que para mi pueblo –como en muchos países poco avanzados en derechos sociales, especialmente aquellos que conciernen a las mujeres– la mutilación de la mujer es una forma de purificarla.

Después de muchos años de sufrimiento conseguí tener el coraje para rebelarme contra todas estas injusticias del matrimonio forzado y me siento afortunada por haber encontrado a otras mujeres y hombres de mi país que tampoco están de acuerdo con esta desigualdad entre géneros.

Tuve que esperar muchos años y tramitar muchos papeles hasta que conseguí divorciarme y tener la custodia de mi hija. Además, no me gustó que su padre no le pagase nada y aún así tenía que pedirle autorización para cualquier aspecto relacionado con la niña.

En el año 2016 hice el curso de Agentes de Salud con la intención de mejorar la salud de quienes me rodean. Desde entonces soy *Agente de salud de base comunitaria (ASBC) especializada en mutilación genital femenina*, y doy charlas y talleres. De momento es voluntariado, así que sigo limpiando casas, pero en la Salud Pública nos dicen que en el futuro conseguirán una subvención para este proyecto.

Parece que ser pobre nos hace perder oportunidades que otras personas sí que tienen como, por ejemplo, elegir colegio para mi hija o encontrar un trabajo digno en vez de tener que compaginar varios trabajos de media jornada.

Sin embargo, y a pesar de todo, me gusta quedarme con lo bueno: hay muchas personas que me apoyan. Aquí me siento como en casa porque tengo amigos y amigas, gente que me ayuda, trabajo, puedo estudiar, y mis hijos van al colegio y al médico sin problemas.

Además, participo en actividades de integración social, de ayuda a mujeres y hombres con necesidades básicas y en actividades extraescolares. Estoy orgullosísima de ver a mi hija feliz yendo al colegio porque ella también podrá tomar sus propias decisiones y tendrá la libertad de elegir su camino.

Me relaciono con algunas personas nacidas en Valencia que me cuentan sus ideas sobre el matrimonio, los derechos de la mujer, los estudios, la alimentación, las religiones, los derechos humanos, etc. Siempre aprendo cosas nuevas y, poco a poco, esto va cambiando mis creencias antiguas y me hace sentir que puedo llegar a ser más libre e independiente y más feliz.

Vivir aquí permite cosas que no ocurren en mi país de origen: a la hora de vestir llevo pantalones cuando antes, en mi país, nunca los llevaba, o puedo estudiar. Me siento muy satisfecha por haber estudiado un módulo de Formación Profesional y me gustaría, algún día, poder seguir más estudios relacionados con la sanidad porque esa ha sido siempre mi vocación y mi sueño.

También descubrí que aquí en Valencia podían reconstruir el aparato genital femenino tras la mutilación y ahora puedo disfrutar de mis relaciones sexuales sin dolor y sin complicaciones. Estoy orgullosa de disfrutar de mi libertad, de tomar mis propias decisiones, aunque eso suponga enfrentarme a mi propia cultura.

Mi vocación de ayudar a los demás me lleva a trabajar especialmente entre personas que se encuentran en una situación parecida a aquella en la que estuve yo. Una de las tareas principales que desempeño es informar y acompañar a las posibles pacientes, contándoles mi experiencia en el mismo tratamiento que yo recibí, con el fin de que, llegado su momento, se encuentren totalmente relajadas y preparadas tanto anímica como personalmente.

Por último, querría añadir que me siento orgullosa de estar aquí y de compartir mi historia para ayudar a otras personas que puedan estar en mi misma situación. Es importante para mí dejar un mensaje: entre todas tenemos que decir NO a la mutilación femenina, ya que cada niña tiene derecho a disfrutar de su cuerpo el día de mañana.

-----

**Teresa Díaz** es periodista y ha asistido a Aminata en la narración de su historia en español. Recientemente ha puesto en marcha el observatorio [Sense tònics](#), un proyecto de CEAR que analiza el tratamiento informativo que del fenómeno migratorio se hace en los medios de comunicación valencianos. El compromiso de Teresa con la libre movilidad de las personas viene de lejos y el informe que ha elaborado pretende ser una herramienta de cambio para vencer los estereotipos racistas entre los y las profesionales de los medios.



**Anna Zelno**

**Nacida en Bielawa, Polonia**

**Residente en Valencia, España**

**Nivel de estudios: Licenciada en Lingüística Aplicada y Estudios Culturales Aplicados, Master en Gestión de Talento**

Desde pequeña me gustaban otras culturas y otros idiomas. Dibujaba palmeras aunque nunca hubiera visto ninguna, niños de diferentes colores y en invierno iba con la piel de naranja casi pegada a mi nariz, el lujo de la Navidad en Polonia. Hoy vivo en la capital española de los naranjos y en el parque debajo de mi casa no faltan las palmeras, y la diversidad cultural forma ya parte inherente de mi vida personal y profesional.

Nací en un pequeño pueblo del suroeste de Polonia; no era la tierra de origen de casi ninguno de los abuelos de mis amigos. Muchos llegaron a Dzierżoniów después de la Segunda Guerra Mundial en búsqueda de trabajo. Las historias contadas por mis abuelos y abuelas eran historias de la Segunda Guerra Mundial y no todas eran tristes. Especialmente mi abuela paterna tuvo muchas historias "divertidas" de cómo vacilaba a los alemanes. Mi vecino era un señor mayor, un soldado condecorado. Nos reuníamos en el jardín con otros niños y escuchábamos sus recuerdos, los suyos siempre eran tristes. Cuando era pequeña tomé la decisión que "de mayor" haría todo lo posible para que no hubiera guerras. Era mi sueño. Era inocente.

La Polonia de los años 80 fue también una Polonia con colas interminables delante de las tiendas casi vacías, cartillas de racionamiento y una tienda de economía sumergida en la cocina de mi casa, donde mi padre cada semana traía alimentos y papel de paredes de Alemania del Este, donde trabajaba como músico. Las vacaciones las pasábamos en la República Democrática Alemana, donde nació mi amor por el idioma alemán y allí también entendí que no se puede responsabilizar a la generación mía y de mis padres por el crimen de la Segunda Guerra Mundial.

Diez años después, me matriculé en la carrera de enseñanza de alemán como lengua extranjera. Cuando estaba a punto de terminar la carrera el desempleo en el país superaba el 20%; recuerdo como si fuera hoy las palabras de la madre de una amiga mía: "en este país hoy no hay oportunidades para vosotras. Tenéis que salir. Ya volveréis algún día". Me encantaba la idea de salir del país y casualmente (?) al mismo tiempo me estaba enamorando de Thomas, un scout alemán de Badenia que también soñaba con una vida juntos. Thomas encontró otra carrera para mí: lingüística aplicada y estudios culturales aplicados en Gernersheim. La asignatura de comunicación intercultural se convirtió en mi asignatura favorita. En el 2007, con la tesis sobre el desarrollo de la competencia intercultural en la formación terminé la carrera.

Mientras tanto, los amores de mi vida iban cambiando, llevaba con Luis dos años de relación a distancia y uno de los dos tuvo que dar el paso. En abril de 2007, me empadroné en la ciudad de Valencia, enamorándome del olor del azahar, del cielo azul, de las playas y de la diversidad de la gente. Pero la euforia no duró mucho. Pasaban los meses, las temperaturas subían y bajaba mi autoestima.

Pronto me di cuenta de que la formación intercultural era un concepto totalmente desconocido y que la competencia intercultural sonaba a chino. Decidí volver a ser profesora de alemán o traductora. Sin éxito. El alemán en el 2007 en Valencia no era un producto estrella.

Mi estado de ánimo empeoraba. Al final decidí crear mi propio puesto de trabajo. Conocí a mi primera socia, a Anne Rupp, una mujer imparable y con ganas de colaborar. En pocos meses nació Intercultural Link, nuestro primer proyecto de consultoría que después de unos años pasó a formar parte de la red internacional de interculturales. Tuvimos nuestros primeros proyectos en Barcelona y en Madrid y yo intentaba posicionarme como experta en comunicación intercultural en Valencia. Me daba cuenta de que en una cultura orientada hacia las relaciones necesitas tener una red de contactos para poder obtener resultados y sobre todo necesitas “caer bien” a la gente. Bajo la presión económica se encendía mi autopiloto polaco-alemán, eficiencia en el tiempo y estilo directo, “al grano cuanto antes por favor”. Eso no pudo traer éxito.

Finalmente, después de asistir a varias jornadas y cursos conocí a Inés Richarte, en aquel tiempo directora de la Escuela de Mediación Intercultural, que confió en mí e introdujo el módulo de la competencia intercultural en los cursos de mediación. Empezó el trabajo de mis sueños. Pude aportar mi granito de arena y construir un mundo mejor. Empezaron varios años de mucho trabajo con los ayuntamientos y entidades sociales que desafortunadamente debido a la crisis sufrieron pérdida de liquidez económica. Al mismo tiempo, terminó el otro amor de los siete años. Era un momento perfecto para volver a Polonia. El choque cultural de retorno fue más fuerte de lo que esperaba. Echaba de menos España. Repetía como mantra en mi cabeza “quiero volver a España”. Otro sueño se convirtió en realidad.

Un día me llamó Marta García-Valenzuela, otra mujer importantísima en mi vida: “¿Tú no quieres volver a España?” Me ofreció una oferta de trabajo inmejorable. Pasaron ya tres años desde que de nuevo vivo en el Mediterráneo, pasando por Madrid y Barcelona, para finalmente volver a Valencia, una tierra mágica con un encanto que sólo lo pueden entender los que vivan aquí.





**Antonio Liu Yang 刘洋**

**Nacido en Beijing, China**

**Residente en Valencia, España**

**Nivel de estudios: Licenciado en Derecho y Máster en Habilidades Directivas**

Mi “viaje al Oeste” realmente no empieza conmigo. La primera vez que escuché la palabra “Xi - ban - ya” (España) tenía tan solo tres años. Nací en un barrio humilde de Beijing y el hecho que mi padre decidiera emigrar a España fue en aumento de “*mianzi*”<sup>\*</sup> familiar en toda regla. Recuerdo a mis vecinos, amigos, familiares y compañeros de colegio con cierta envidia y admiración cuando les contaba que mi padre estaba en el extranjero. Salir al extranjero en el imaginario chino de los 80 era un mundo fantástico lleno de dinero y oportunidades.

La moda de salir al extranjero no llegaría a China hasta finales de los 90, pero mi padre fue un verdadero emprendedor visionario, partió de su país en 1983, dejando atrás una familia con un niño de 3 años para irse a la aventura y a luchar por un futuro mejor para todos. Los años no pasaron rápidamente, mi madre y yo tras 7 años de papeleo continuo, pudimos venimos a España a principios de 1990, tras toda la infancia sin ver a mi padre, me pareció un total extraño cuando nos volvimos a encontrar en el aeropuerto de Barajas. Siempre pensaba que era duro crecer sin un padre como referente, pero ahora entiendo que era más duro perderse la infancia de tu propio hijo.

Con el dinero ahorrado con el préstamo de amigos y familiares pudimos conseguir el traspaso de un restaurante chino de pueblo y tuvimos mucha suerte, porque de alguna forma elegimos un pueblo precioso. Un pueblo alicantino llamado Xabia con gente maravillosa que nos ha querido durante nuestros 25 años de tener el negocio abierto.

Al terminar el instituto mis padres me dieron la opción de seguir trabajando en el restaurante o irme a Valencia a estudiar una carrera. Como muchos ya sabéis, para los padres chinos solo existen 4 posibles carreras universitarias; Medicina, Arquitectura, Derecho o... deshonorar a tu familia. Yo entre Derecho y deshonorar a mi familia, elegí la carrera de Derecho y tras algunos largos años de vida de estudiante conseguí terminar mi carrera y ser abogado aunque nunca me he sentido atraído por el mundo de las togas y procedimientos que se dilatan en el tiempo. Quizás es porque siempre he llevado el emprendedor dentro, al igual que mi padre, siempre buscaba algo diferente.

## **2010, el año que lo cambió todo**

La crisis económica hizo que no encontrara trabajo “de lo mío” (pero, ¿qué era lo mío?), la crisis personal hizo que rompiera una relación de pareja que no tenía futuro. Así que tuve que cambiar de enfoque, en vez de buscar jefes que me contrataran, salí a buscar clientes que me pagaran. Además como no tenía dinero para emprender tuve que recurrir al ingenio de nuevo para empezar. Conseguí un [dominio.es](http://dominio.es) gratuito que nunca lo renové, no di de alta a la empresa hasta

que no firmamos con el primer cliente, imprimí unas tarjetas a dos colores porque eran más baratas que a cinco colores y compartía wifi con el vecino aunque él no lo sabía.

De esta forma nació la idea de Mediterrasian Consulting, mi empresa, donde yo era el CEO y ¡becario a la vez! Porque para asistir a los eventos de networking y presentaciones tenía que tener un nombre comercial detrás, porque Antonio Liu Yang no era suficientemente conocido entonces. En uno de esos eventos de emprendedores tuve la suerte de conocer alguien que me introdujo en el maravilloso mundo de la interculturalidad, me dió las herramientas necesarias para convertir mi pasión en conocimiento, me animó a ser formador intercultural y me invitó a formar parte de la familia de SIETAR. Al mismo tiempo compaginaba mi labor de consultor con mi pasión por la docencia, haciendo un trabajo constante de Marca Personal por el que me he podido hacer un hueco dentro del mundo de la interculturalidad entre China y España, mis dos culturas. He llegado a dar más de 1000 horas de formación a empresas españolas que trabajan con China, a empresas chinas que vienen a invertir en España, a estudiantes de grado interesados en el idioma, a empresarios chinos afincados en España para conocer mejor la tierra donde están viviendo y a estudiantes de postgrado fascinados con el gigante asiático.

El resto de la historia muchos de vosotros ya lo conocéis; a través del trabajo duro llegaron los galardones, premios y reconocimientos. Al final la Libertad de un consultor me ha dado experiencia en sectores tan diversos como el de la enseñanza, el fútbol, el turístico y las start ups.

He de confesar que soy una persona afortunada de poder trabajar en lo que me gusta, con cierta flexibilidad donde puedo compaginar mis pasiones, mi vida personal y vivir entre las dos culturas, todo esto lo he podido consolidar en menos de 8 años.

El mensaje que me gustaría dejar es que no importa las dificultades ni factores externos, si apuestas por algo, tarde o temprano llegará la oportunidad y si estás preparado puedes triunfar con tu idea y vivir de tu pasión.

\*\* El Mianzi es un valor fundamental de la Sociedad China, literalmente significa rostros o cara. Representa la esfera social y pública de una persona o de su familia. Es el crédito social que goza uno mismo debido a su posición la Sociedad.



**Beatrix Hasse**

**Nacida en Jena, Alemania**

**Residente en Barcelona**

**Nivel de estudios: B.A. en Filología Hispánica (carreras secundarias: Ciencias Políticas, Etnología)**

Crecí en un pequeño pueblo en la antigua RDA, la parte socialista de la Alemania separada. Recuerdo haber tenido una infancia feliz. Corrí con mis amigos sobre campos verdes y por bosques exuberantes, y en invierno construimos cuevas de nieve mientras fuera hacía -20 grados. Tres generaciones convivieron en nuestra casa: mis abuelos, mis padres, mi hermana y yo.

Cada año pasábamos en familia unas vacaciones de verano en la costa del mar báltico; es donde para nosotros se acababa el mundo – en la frontera norte de la RDA.

Cuando tenía 13 años empezó el tiempo del gran cambio político “Die Wendezeit” y cuando cayó el muro de Berlín también empezó a cambiar mi vida. Un año más tarde mis padres, con el propósito de darme la mejor educación posible, me enviaron a una escuela con internado. Me trasladé para estudiar a una pequeña ciudad tocando a la frontera con Bavaria. Adaptaron el sistema de educación a la de la otra parte de Alemania y tocaba acostumbrarse a un nuevo entorno de aprendizaje que no tenía mucho que ver con el anterior. También se presentaron nuevas oportunidades: Pertenezco a la primera generación que en el año 1994 aprobó el bachillerato común de las dos partes recién unidas de Alemania.

La nueva libertad se mostró como un gran regalo, y dentro de mí se despertó una curiosidad enorme por conocer diferentes entornos y culturas.

Un viaje a Granada fue el inicio de mis estudios de la cultura y el idioma de España. Mi trayectoria continuó en la Universidad de Hamburgo donde empecé a estudiar Filología Hispánica, Ciencias Políticas y Etnología.

Lo que me hizo mudar la primera vez al extranjero fue un intercambio de Erasmus. En los años 2000 y 2001 estudiaba en la Universidad de La Laguna y pasaba dos semestres en las Islas Canarias. Aparte de los hallazgos lingüísticos a los que llegué por las influencias provenientes del andaluz, venezolano y cubano en el idioma hablado en Tenerife, también me tropecé con alguna diferencia cultural. Me di cuenta que de verdad hay una gran diferencia entre viajar por un país o vivir en él, empapándote de las costumbres locales. Los canarios sobre todo ponían a prueba mi paciencia. Cuando había quedado con amigos de la isla, no fue un caso extraño que aún estaba esperándoles una hora más tarde. Era normal, la gente se quedaba sin quejarse que los demás llegaran tarde. Algo impensable en Alemania, donde hacer esperar a alguien significa una falta de respeto. Un “mañana te llamo” mil veces sólo fue una promesa vacía. En cambio conocí a la gran hospitalidad de los tinerfeños. Cuando te invitaban a su casa, formabas parte de la familia, y los

padres te trataban con el mismo cariño que tenían con sus propios hijos. Estos momentos me permitieron olvidar las dificultades vividas.

Cuando volví a Hamburgo, mis amigos alemanes se quejaron durante mucho tiempo de mi impuntualidad. Me costó un buen tiempo superar el choque cultural con el que me enfrenté de vuelta en mi país.

Después de haber terminado la universidad, empecé a trabajar en el área de periodismo online donde me quedé durante más de 10 años. Viajaba a España cuando podía, pero nunca se perdió el anhelo por volver a vivir en la península para trabajar una temporada fuera de mi país.

Empecé a organizar mi estancia en 2011, explorando posibilidades laborales en Barcelona. La ciudad, en el mediterráneo, siempre me atrajo. En enero 2012 vine con mis dos maletas, llevando a cabo la aventura de irme sola para hacer realidad mi sueño. Encontré trabajo como formadora. Barcelona tiene una atmósfera acogedora, además me sentí otra vez como pez en el agua en un mundo donde convive gente proveniente de muchas culturas.

Vine a Barcelona en un año de plena crisis, y puedo decir que una de las dificultades más grandes tal vez era no acabar en un trabajo de condiciones difíciles, como los muy citados “milleuristas”. Lo conseguí con paciencia y constancia, haciendo sacrificios, y no dejándome comer por los miedos comunes de no atreverse a hacer un paso adelante y quedarse con lo seguro de siempre.

Trabajaba duro y al mismo tiempo me formaba como formadora y coach con un enfoque intercultural. Es el ámbito en el que trabajo hoy, otra vez con gente proveniente de diferentes culturas. Lo que más me gusta de mi trabajo es que es tan variado, y cada día aprendo algo. Eso me proporciona el crecimiento que necesito y hace que la llama nunca se apague.

Mientras tanto, he echado raíces en Barcelona. Conocí a mi pareja y tengo una familia barcelonesa encantadora.

Actualmente, sobre todo me gusta formar equipos interculturales o personas expatriadas en su proceso de adaptación al nuevo entorno. Trabajo en cuatro idiomas: en alemán que es mi lengua materna, en inglés, castellano y catalán.

Cada persona tiene una biografía cultural individual, ninguna es igual que la otra. Por lo tanto me gustaría promover una actitud: ¡Intenta descubrir la parte humana en cada individuo, y actúa con una mente abierta! Seguro que te sorprendes de las cosas que tenemos en común.



**Claudia Issa**

**Nacida en Caracas, Venezuela**

**Residente en Barcelona**

**Nivel de estudios: Especialización en Psicología Clínica Comunitaria y Máster en Análisis Grupal**

Nací y me crié en Caracas, ciudad capital de Venezuela. El clima cálido de ese país tropical se parece mucho al clima cálido de mi familia de origen, mitad libanesa y mitad venezolana. Tuve de pequeña la fantasía de que el amor por sus respectivos mares - el caribe y el mediterráneo - les ayudaban a entenderse bien. Recuerdo una infancia llena de colores, entre el verde de la frondosa vegetación, el azul transparente del mar y los afectos de tanta gente querida que hacían imposible el gris.

Al terminar el bachillerato, curiosa por saber de otras culturas, me fui a vivir una temporada a Inglaterra y otra a Francia. Luego viajé varios meses, algunos sola y otros acompañada, mochila al hombro y un Interrail en el bolsillo, por 18 países.

Regresé a Venezuela teniendo claro que estudiaría Psicología, queriendo entender cómo es que las personas podían ser tan distintas y tan similares a la vez en los lugares por los que había viajado. Luego me especialicé en Psicología Clínica Comunitaria y me hice Psicoterapeuta y Profesora Universitaria de Psicología.

Las cosas ya estaban cambiando mucho en lo político y en lo social en Venezuela. El resentimiento y el odio entre venezolanos legitimado por el poder, la falta de instituciones que contuvieran la violencia y el crimen, el empobrecimiento y el desabastecimiento general... Y un día, regresando de dar clases en la universidad, un camión se vino encima de mi coche en la autopista, que dió vueltas hasta dejarme boca abajo. Nadie vino a ayudarme durante varios minutos que parecieron una eternidad. Se acercaban sólo a ver y aprovechaban para hacerse con lo que podían. Yo estaba tremendamente asustada. Finalmente alguien me ayudó a salir. Después de múltiples retraumatizaciones que ahorro a mi lector, decidí que no sólo necesitaba salir de ese coche sino lamentablemente también de ese país, donde parte de su gente parecía haber dejado de creer que la vida de alguien era más importante que un retrovisor.

Llegué a Barcelona por una oferta de trabajo que le habían hecho a mi expareja en un congreso internacional. La transición implicó renunciar a mucho de lo que constituía mi identidad: mi familia extendida, mis amigas, mi puesto en la universidad, mis pacientes. Confieso que me lo hacía más difícil sentir que yo había tenido que renunciar a mucho más, pues apenas llegar él ya tenía un buen trabajo, que además le daba ocupación, acceso a una buena red social y le permitía mantener su identidad profesional. Mientras yo me quedaba sola en casa. Ese fue el principio del fin de la relación. Luego entendí que lo que nos había pasado le pasaba a muchos, que el índice de divorcio se duplica en migrantes y expatriados.

Apenas pude, empecé a estudiar un Máster en Psicoterapia y a atender pacientes en consulta privada, en castellano e inglés. Ya eran muchos los venezolanos que huían de la tragedia

político-social de ese país, así que intenté hacerles la adaptación un poco menos difícil ofreciendo atenderlos a precio reducido.

Cuando ya sentía que había reorganizado mi vida, estudié un Master en Análisis Grupal. Me sentía tan agradecida por la manera en que me había sentido acogida en Barcelona, que usé esa formación para intentar dar un poco a cambio a sus habitantes. Durante 4 años llevé grupos de psicoterapia semanales en la red pública de forma gratuita.

Con base en mi experiencia personal, mis estudios y el aprendizaje con migrantes y expatriados en mi consulta, decidí especializarme en ayudar a otros en sus movimientos entre culturas. He tenido el privilegio estos últimos años de acompañar a muchas personas en sus transiciones internacionales: estudiantes internacionales, expatriados y sus parejas acompañantes, extranjeros con las más diversas historias.

También he tenido la fortuna de poder retomar mi vocación de formar a otros, enseñando estos últimos años la asignatura de Comunicación Intercultural en varias universidades, entre ellas la Universidad Autónoma de Barcelona, e impartiendo formaciones vinculadas a la competencia intercultural en empresas e instituciones. Comprometida con contribuir a la competencia intercultural local, he co-creado un juego para fomentarla llamado diversophy® Barcelona y coordino en Barcelona al grupo de SIETAR (Society for Intercultural Education, Training and Research).

Barcelona. Conocí a mi marido italiano aquí. Aquí han nacido nuestros dos hijos, que hablan entre sí en catalán. Aquí nos hemos comprado nuestro primer piso. Este es el lugar que llamamos hogar. Estos 10 años en Barcelona me han enseñado tanto. Creo que sólo los verdaderos vínculos transforman. Y no tengo duda que mi vínculo con Barcelona es verdadero.

Nuestra casa es un lugar de encuentro de culturas. Hablamos castellano, italiano, catalán e inglés. Comemos arepas, kibbe, pasta y tortilla de patatas. Estas fiestas mis hijos recibirán regalos del caga tió, el Niño Jesús, Babbo Natale y los Reyes Magos. Confío en que iremos siempre trabajando por mantener entrelazadas nuestras dos realidades: la global y la local. Y en que disfrutaremos mucho del proceso, como hasta ahora lo hemos hecho.



**Elena Shliakhovchuk**  
**Born in Kiev, Ukraine**  
**Resident in Valencia, Spain**  
**Education: MA, PhD candidate**

“How much do you charge for cleaning?”, “Can I buy you a drink?”, “Are you legal here?” and other stereotypical reactions a Ukrainian woman in her 30s has to overcome in Spain.

By and large, immigrants fall into two baskets. Many flee their countries to escape something. Others enjoy privileges but look for a land of greater opportunity. My story is neither of these.

I am a 100% big city-girl from Kyiv. I had a great life, teaching at the university, collaborating with the Peace Corps, and running my own cross-cultural consultancy. I made business trips all over Ukraine, Russia, Belarus and Kazakhstan, delivering cross-cultural, repatriation, diversity and inclusion workshops and training programmes for adults, young talents, and children. Life is good, isn't it?

It was, until I decided to pursue my lifelong dream of getting a PhD and entered the best university in Ukraine. I first did cultural studies, but they were too theoretical. My practical soul yearned for some innovative, practical ideas, and I found them in the field of video-game research and a professor willing to help me investigate the influence of video-game environments on the formation of intercultural competencies. He was in Spain, however. The easiest way seemed to be a cotutelle<sup>1</sup> agreement between the Spanish and Ukrainian universities, but the bureaucratic machine ripped my dreams apart ruthlessly.

I had a decision to take. OK. I am moving to Spain! I am an intercultural coach and consultant with years of experience coaching others on moving abroad. I am unstoppable, I am knowledgeable, and I will quickly and easily succeed in the new environment! Was I naïve?!

One of my biggest expected-unexpected issues was my hunger for real friendships and meaningful interactions. The Ukrainian concept of friendship is: my friend = my family. My friends in Kyiv are trusted people with similar values and morals whom I have known for years. Where to find such friends in a new environment? I joined meetup.com<sup>2</sup> and started organising events, meeting many different people, both locals and foreigners. I first made friends based on language criteria (Ukrainian and Russian speakers), then on age (people in their thirties), then on the similarity of our story (recently moved expats), but none of these strategies yielded the results I wanted.

My struggle to make friends was accompanied by an unwanted feeling of total downshifting. When I arrived in Valencia, Spain's third biggest city, my “love Spanish” was excellent (courtesy of Ricky Martin, whom I have been a big fan of since the late 90s) and so was my everyday Spanish (from watching Latin American soap operas). My academic Spanish, however, required a good workout.

---

<sup>1</sup> Joint supervision (cotutelle) and joint doctoral degrees with two universities.

<sup>2</sup> Meetup.com is an online community organising events for people with similar interests.

From being a reputable educator called by name and patronomic (an honourable term of address in Ukraine), I turned into an average student on campus. I was also overdressed wherever I went and actually had to buy my first pair of jeans since I was 20.

The heroine of *Sex and the City* once said that in New York everyone is looking for three things: job, love, and apartment. This happened to be so true for me in Valencia. Housing became a nightmare: during the first 14 months, I moved no fewer than five times, until I finally found the perfect flat. Work went easier, with me quickly finding a post as a TEFL and ESP teacher at one of the British colleges.

The only balm for my soul those days was the events I organised, which started to yield unexpected nice bonuses. My organisational and communication skills were acknowledged with the meetup.com Best Event Host awards for 2016 and 2017. In 2017 I was invited to organise events in the Internations network<sup>3</sup>, which I am still doing successfully. I created a decent network of acquaintances and eventually found several soulmates.

When organising events I was surprised by the perception of Ukrainians in the world. “How much do you charge for cleaning?”, “Is your husband Spanish?”, “Can I buy you a drink?”, “Are you legal here?”, “Are you an asylum seeker (referring to the Ukrainian-Russian war)?” These questions followed me, and depending on the situation, I learnt to give witty, funny, or serious answers. I now dedicate myself to improving the image of [Ukrainians](#) abroad and helping people know more about [Ukraine first-hand](#).

This is my fourth year in Spain, and things are looking up for me now. I was headhunted by a Madrid-based company to deliver in-company soft skills trainings, and I returned to delivering cross-cultural, repatriation and inclusion training programmes, but this time all over Spain and France. My PhD research has added to my portfolio, and I am writing articles and delivering presentations on gender and race in video games and on intercultural issues. I am working on my first book, and my PhD thesis defence is coming up soon.

Life *is* good, isn't it?

---

<sup>3</sup> internations.org is the leading network & guide for expats in 420 cities worldwide.





**Lilian Castro Rojas**

**Nacida en Buenos Aires, Argentina**

**Residente en Valencia**

**Nivel de estudios: Periodista (radio, prensa escrita, producción medios)**

Nací en la ciudad de Buenos Aires, República Argentina. Una gran ciudad que es el centro neurálgico por el que pasa la vida de todo un país. Caótica, con un centralismo feroz, culta, inmensa, diversa y creativa. Un lugar donde conviven, como en un desconcertante puzzle, lo más grandioso de las capitales europeas, así como también las villas miserias o el particular barrio bajo.

Han pasado ya 19 años desde el día en que presenté mi solicitud a la estancia anual que ofrecía la **AECI** (Agencia Española de Cooperación Internacional). La misma brindaba la posibilidad de conocer el trabajo que se realizaba tanto en Radio como en Televisión Española. (**RNE -TVE**) Recuerdo haber echado mi solicitud a ultimísimo momento y a última hora de cierre en las oficinas de la Embajada Española en Buenos Aires.

Una tarde al volver de mi actividad laboral (como cronista de radio para el servicio informativo de Radio del Plata ) tendría un mensaje de la embajada en la que me daban la enhorabuena por haber sido seleccionada para el intercambio- estancia en **RNE -TVE**. Para mi sorpresa tenía menos de tres semanas para prepararlo todo ya que debía presentarme a finales del mes de marzo de 2000 junto con otros 14 periodistas de distintos países de las américas.

Fueron cuatro meses de aprendizaje y de convivencia con las distintas idiosincrasias de los colegas tanto españoles como americanos. No solo fue esta la novedad durante mi tiempo en Madrid sino también otro episodio cambiaría y marcaría aún más el rumbo de mi vida personal y profesional: enamorarme.

Una vez acabada la estancia todas/os volvimos a nuestros países. Regresé sí, pero con la desconcertante sensación de quien se enamora y no sabe manejar una relación a distancia. Durante seis meses los viajes se sucedieron desde Nueva York hacia Buenos Aires, y desde Washington hasta que decidimos que uno de los dos tenía que mover ficha para estar juntos y ver que pasaba. Y hago hincapié en este aspecto porque este fue mi real y único motivo por el que hoy estoy fuera de mi país. Emigrar por amor también es una de las causas de la emigración. Y partir de aquí mi vida cambió totalmente. Aún recuerdo las interminables charlas con mis colegas y amigos que me preguntaban preocupados si estaba segura de la decisión que iba a tomar. No había sido fácil llegar a la posición laboral y al peldaño de notoriedad que había logrado en mi campo del periodismo radiofónico. “Estás segura ...? mirá que esto puede salir mal y si sacás los pies de aquí retomar te puede costar mucho” valoré mucho estos consejos y a la vez no. Y me fui a vivir a Nueva York, primero y luego Washington. Y de esta manera, comenzaba otra etapa en mi vida, la de corresponsal de prensa para España y Argentina. Desgraciadamente fui testigo desde Estados Unidos de la debacle económica, “corralito”, del atentado terrorista de las Torres Gemelas, de la psicosis permanente del terrorismo, del ántrax y de la guerra contra los talibanes.

Mi vida en Estados Unidos fue un potencial para aprender y desarrollar otras facetas de la profesión: idiomas, convivir en espacios interculturales, conocer de primera mano aquello que la mayoría vemos en el cine: Estados Unidos y su diversidad cultural gestionada y sin gestionar. Dos años y medio después volvimos a España. Seguí como corresponsal de prensa para Argentina, pero ahora ya con la idea de quedarme y trabajar desde España. Es así que durante el tiempo que viví en Barcelona escribía artículos para la Agencia de Noticias EFE, al mismo tiempo, me formaba en la Mediación Intercultural.

Tal y como se daba la situación, volver a España supuso un volver a empezar de cero. Más tarde vendrían la maternidad, los momentos de crianza y la conciliación laboral. Nuevamente se presentaba el reto reconvertir esas habilidades o caer en la tentación de ser sepultada por las situaciones. Y es así que la formación en Mediación Intercultural, los temas de Inmigración y la formación como Agente de Salud Comunitaria rediseñaron nuevamente mi perfil laboral. Actualmente, vivo en Valencia trabajo en un proyecto de promoción de la salud en el que puedo poner en práctica todas esas habilidades que he ido aprendiendo. Me siento afortunada porque tuve la oportunidad, en mi caso de pensar, de soñar, de adaptarme, de vivir mis duelos, mis desarraigos, de estar acompañada por mi pareja y su entorno. Mis hijas han sido y son ese nexo maravilloso a esta tierra. Estoy en ese momento en que, como dice la canción **“ni soy de aquí ni soy de allá”** es esa sensación de que tienes hogares en todas partes.

Me quedo con la fortaleza y con la capacidad de adaptación al cambio, me quedo con la habilidad de acompañar desde la empatía otras historias autóctonas o migradas que se presentan en mi actividad laboral. Mi meta ahora es comunicar y visibilizar el trabajo comunitario, comunicar salud ya que tengo herramientas para empezar otra maravillosa etapa.



**Mercedes Valladares Pineda**

**Nacida en Madrid, España**

**Residente en Madrid, España**

**Nivel de estudios: Licenciada en Psicología, Másteres en Dirección de Empresas y Recursos Humanos, Derechos Fundamentales, Life-Business Coaching, etc.**

Mi familia vivió en Madrid durante la temporada en que mi padre realizó sus estudios de Doctorado. Allí nací, en un día nevado de navidad. Un poco antes, dentro del claustro materno visité por primera vez algunos países europeos: Austria, Italia, Suiza, Bélgica y Alemania. A los 11 meses de edad me fui a vivir a Tegucigalpa, la capital de Honduras. Llevo la palabra “migración” grabada en sangre y fuego en mi ADN.

Mi infancia estuvo llena de viajes. Me marcó un eslogan familiar que ha sido sello de identidad de muchas generaciones: “viajar es vivir”. A mediados del siglo XIX mi bisabuelo materno, un español capitalino, emigró a Honduras. Cuenta la fabulación familiar que en el pueblo donde vivía, le llamaban el “señor de Madrid”.

Los recuerdos más cercanos y emocionales son la visita a un pueblecito llamado Erandique, en el departamento de Intibucá que -era una zona de ópalos- y mi viaje al río Guayape en Olancho, donde pude coger con mis propias manos auténticas pepitas de oro. Con 10 años retorné al extranjero. En aquella ocasión, viajé a Ciudad de México y Guadalajara. Y, en Miami, visité Disney World. A los 12 años, acompañé a mis padres a la Isla de San Andrés en Colombia. A los 16 años las ganas de conocer el país que me había visto nacer me hicieron volver a España. En esa oportunidad, conocí a mis tres primos granadinos hijos de uno de mis tíos por parte de padre.

Por avatares del destino, su suegro era el mejor fabricante de guitarras en el mundo y estas eran confeccionadas con madera de cedro y caoba importadas de Honduras. Aproveché también para visitar varias ciudades en Francia. A los 17, viajé a Ottawa, Canadá y a Baltimore, Estados Unidos, para estudiar inglés.

Después de finalizar mis estudios universitarios me vi obligada a salir de mi país. Mi familia recibió amenazas y represalias como consecuencia de la responsabilidad política de mi padre como Defensor de los Derechos Humanos.

Me aclimaté a Madrid en tiempo récord, no recuerdo haber tenido “choque cultural”: a los tres meses de llegar me sentía como pez en el agua. En Madrid, he tenido la oportunidad de entender la adoración que profesaban mis abuelos paternos hacia España, y sus memorias teñidas de maravillosos recuerdos durante la época en que se desempeñaron como los primeros embajadores de Honduras en España y la Santa Sede.

Algunos objetos que decoraban mi casa en Honduras, como las espadas de Toledo y las bailarinas sevillanas de Andalucía, empezaron a tener significado para mí.

Mis primeros años de estudiante giraban en torno al ocio y mis estudios. Fui alumna de Gregorio Peces Barba, uno de los padres de la Constitución española y excompañero de estudios de mi padre. Conocí a mi madrina procedente de León, Boñar, quien durante mi infancia había sido un personaje emblemático y misterioso.

Luego, trabajé en la Embajada de Honduras en Madrid y allí tuve la oportunidad de conocer los problemas de los inmigrantes hondureños y las bondades y desventajas de la burbuja diplomática.

Mis primeras dificultades se produjeron cuando rechacé un traslado a la embajada de Honduras en Roma y decidí convertirme en una inmigrante de a pie. Construir una red de contactos desde cero ha sido mi principal desventaja porque venir a vivir a otro país cuando eres adulto es como volver a nacer.

Por suerte, mis inconvenientes se han convertido en oportunidades ya que gracias a la inestabilidad laboral en la que he vivido (nunca he tenido un puesto de trabajo fijo) he aprendido a gestionar la incertidumbre y he trabajado en diferentes sectores relacionados con la interculturalidad y la diversidad. Hoy puedo decir que el esfuerzo que he realizado para conocer otras personas empieza a dar frutos. Trabajo como coach intercultural en una fundación en la que tengo la posibilidad de facilitar procesos de coaching a personas de más de 15 nacionalidades.

Pero lo más importante de todo es que a través de mi empresa TransCulturality (Psicología, Coaching y Cultura) dirijo a un grupo de psicólogos e interculturalistas que al igual que yo desean promover la diversidad cultural como foco de nuestro trabajo el ámbito de la psicología.

A día de hoy, mi familia está repartida en diferentes partes del mundo: Honduras, Estados Unidos (San Francisco, Utah, New Orleans), Italia, Nueva Zelanda, Argentina y Granada.

Mi madre es nativa de una región hondureña de familias españolas, y está comprobado que los apellidos de mi familia paterna son sefarditas de origen judío. Mi experiencia y mis vivencias me han llevado a concluir que:

*No pertenecemos a ningún lugar, pertenecemos a muchos lugares a la vez. Cada célula de nuestro cuerpo está impregnada por millones de influencias procedentes de todas partes del mundo. Decir que somos de un país, es la mayor utopía del siglo XXI.*



**Mohamed Benzagur**  
**Nacido en Tetuán, Marruecos**  
**Residente en Castellón de la Plana**  
**Nivel de estudios: 2º Filología y Letras Hispánicas**

Marruecos, Tetuán, 1993. Por fin he terminado la formación. He cumplido con uno de mis sueños y empieza una nueva etapa para mí. Ahora soy funcionario del Ministerio de Interior y eso implica que tengo un nuevo destino que está a 60 km de mi ciudad natal. Estoy muy impaciente por empezar aunque se que esta esperada salida de mi zona de confort y de mi entorno me va a exigir mucho. Soy joven y, además del esfuerzo, he tenido suerte de poder acceder al trabajo, dejar de depender de mi padre y de ayudar a mi familia. Es lo que yo quería... Así empieza mi primera emigración; insignificante para muchos, pero muy relevante para mí porque empiezo a sentir lo importante que es dejar un entorno, una familia, unos/as amigos/as, un clima, unos aromas, una banda sonora... (sí, las ciudades tienen banda sonora).

La cercanía de Chefchaouen no ayudó mucho en mi adaptación, a mi nuevo entorno. El primer año se hizo muy largo por tres razones primordiales: primero, en el puesto de trabajo éramos personas que provenían de varias zonas de Marruecos. Segundo, yo me iba casi todos los fines de semana a Tetuán para ver a mi familia y mis amigos (de repente se había convertido en lo único importante de mi vida). Tercero y por último, no había conseguido tener amigos/as en la ciudad. Vivía y veía cosas raras que, pasados muchos años, cuando ya dejé de pensar que yo era el ombligo del mundo y ya asentado en España, entendí que eran códigos culturales propios de cada persona o cada colectivo y que lo que hacía era enriquecer la convivencia.

Un día me encontré a un conocido que llevaba mucho tiempo en Chefchaouen donde ejercía como profesor de secundaria. Empezamos a vernos con frecuencia y a través de él pude conocer a gente de la ciudad. A partir de ahí, empecé a pasar más fines de semana con ellos/as y eso me hizo ver mi entorno de otra manera.

El tiempo ya no pasaba tan despacio y de repente habían pasado cinco años. Una mañana, mi jefe me llama y me dice que mi nuevo destino era Tetuán ¡¡¡Tetuán!!! Ya no me acordaba que antes, cuando el tiempo pasaba muy despacio, había enviado miles de solicitudes implorando mi vuelta a mi ciudad.

Los primeros días en Tetuán me recordaron aquellos que pasé en Chefchaouen. Los días eran muy largos y aunque había vuelto a ver a algunos de mis amigos, echaba de menos a muchos que sólo estaban a 60 km. Luego me casé, el tiempo empezó a ir más rápido otra vez. Tuve un hijo y a partir de ahí empecé a sentir que ya no me gustaba mi trabajo. Me di cuenta que no era tal y como la había imaginado. Después de meditarlo durante un par de años, y sabiendo que mis dos hermanos/as vivían en España, conseguí convencer a mi familia y a mi esposa de que mi lugar ya no era Marruecos y que tenía que empezar de nuevo.

Antes, durante y después de tomar la decisión de emigrar, el tiempo tampoco pasa muy rápido... Empiezas a pensar otra vez en el entorno, la familia, los/as amigos/as, el clima, los aromas y la banda sonora. Los echas de menos incluso antes de emprender el viaje...

Después de festejar el segundo cumpleaños de mi hijo, emprendí el viaje hacia Castellón. Tengo que reconocer que tengo poco que comentar sobre mi adaptación; he tenido mucha más suerte que otras personas en mi situación. No me he encontrado con barreras de comunicación porque dominaba el idioma y al estar mis hermanos en la provincia, siempre he contado con una red que me ha ayudado a empezar.

Mi primer trabajo, una empresa de bañeras de hidromasajes, me hizo aterrizar rápidamente y ver mi nueva realidad. Había perdido mi estatus profesional y mi trabajo se reducía a llevar a cabo tareas rutinarias que hacían que, otra vez, el tiempo pasara muy lento. Tenía dos posibilidades: o conformarme y seguir en esa nueva dinámica o abrirme y buscar otras alternativas. Opté por la segunda. Después de pasar por varias empresas de azulejos, pude reagrupar a mi mujer y a mi hijo. El año 2004 siempre significará mucho para mí. Fue cuando descubrí el mundo de la mediación intercultural y la gestión de la diversidad. Ahora, pasados todos estos años, además de ser mi profesión, se ha convertido en mi modo de vida... Estoy muy agradecido a las personas que lo han puesto en mi camino y a todos/as los/as que me han ayudado y han confiado en mí.

Hoy, estoy trabajando en el ayuntamiento de Castellón de la Plana y, a la vez que estoy haciendo lo que me apasiona, me he dado cuenta que, humildemente, estoy contribuyendo a algo importante en la sociedad. Mi hijo estudia y mi mujer, la mejor chef del mundo, está gestionando un bar restaurante. Yo la ayudo cuando puedo. Por cierto, hace una semana hemos ganado un premio a la mejor atención al cliente. Siento que ha merecido la pena emprender el viaje.



**Natalia Fernández Díaz-Cabal**

**Nacida en Súrria, España**

**Residente en Barcelona**

**Nivel de estudios: Doctora en Lingüística y Doctora en Filosofía de la Ciencia**

Nací hace mucho más tiempo del que quisiera admitir en un pueblo aislado de la Cataluña central. Nací en tiempos de dictadura y de un mundo bipolarizado o, lo que es igual, partido en dos por un muro que atravesaba una ciudad, y que significó que los de occidente no sabíamos nada de los del oriente, y viceversa. Nací cuando era imposible para una niña de seis años aprender idiomas porque Barcelona, a apenas 70 km, quedaba tan lejos como Manchuria. Nací cuando enfermedades hoy casi extinguidas, o raras, te podían confinar a cuatro años en la cama y obligar a tu imaginación a los viajes que tus piernas no podían emprender. De ese pasado surge lo que yo acabaría siendo como persona: una viajera impenitente que siente que cualquier lugar en el mundo es su casa y cualquier ser humano alguien familiar y fascinante.

Salí por primera vez fuera de mi país casi con 18 años (los cumplí a lo largo de ese viaje iniciático que me llevó por gran parte de Europa, en autobús, deteniéndome con anhelo infinito en cada paraje, atendiendo a cada conversación, olvidándome de mi vieja piel para dejar que lo nuevo se abrazara y se disolviera en mí, conmigo). A partir de ese momento entendí que había renunciado a mis raíces (sin dejar de amarlas) para estrenar unas alas. Y que ese proceso de renuncia iniciaba lo que sería el resto de mi vida: el de una persona que luego ha vivido en varios países, ha hablado diversos idiomas, ha conocido un sinfín de gente...Y siempre con la mirada atenta, la escucha avizor, la fascinación intacta.

Donde estuve más años fue en Holanda. Recuerdo mi primer año, el más duro, con una infinita ternura: mis horas aprendiendo dos lenguas (yo hablaba francés y alemán, pero no holandés ni inglés), sentada en un sillón junto a una chimenea, mientras perfeccionaba mis primeros bocetos para dar charlas en idiomas que no conocía (empezaba a preparar mi primera tesis doctoral). Pero dispuesta a hacerlo. Dispuesta a todo, a pesar de que la melancolía a veces era tan potente que apenas me dejaba ver la luz. Era una melancolía difusa, porque, pese a todo, no quería regresar a mi país. Era más bien una melancolía que tenía que ver con aquellos paisajes de otoño, el bosque denso en el que vivía, el silencio ambiental, los días grises, la llovizna suave y continua, los amaneceres a las diez de la mañana, los ocasos a las cuatro de la tarde, las luces de los tranvías avanzando en la niebla...

Provengo de una generación analógica, en realidad prehistórica. Las comunicaciones eran caras y arduas, volar era un lujo...Lo que estaba lejos siempre quedaba lejos, porque la tecnología aún no había acortado las distancias. En las conversaciones telefónicas se producía siempre un desfase con la persona que hablabas: una leve falta de sincronía que hacía que a veces, antes que escuchar a tu interlocutor, escucharas tu propia voz. Y quizá eso es la mejor metáfora del exilio: un espacio en el que escuchas, en primer lugar, tu propia voz. Por supuesto que el transcurso de

los años en un mismo país te acaba convirtiendo en una persona diferente: ya te manejas con soltura en varias lenguas (algo que al principio me parecía imposible), las barreras han sido derribadas, el otro no es tan diferente y, además, empiezas a enamorarte de la diferencia, a sentirla necesaria, a reivindicarla como un “elemento de construcción masiva”.

Siempre estuve en contacto con la interculturalidad y fui muy consciente de ella. Quizá por eso no he buscado a mis conciudadanos en todos esos años como migrante voluntaria (solo el trampantojo del primer año, azuzada por la nostalgia, me hizo comportarme de manera extraña escribiendo a gente que apenas había conocido, solo por la emoción de recibir alguna carta -sí, carta: los emails y los whatsapp son unos aliados de la inmediatez que llegaron a mi vida, a nuestras vidas, mucho más tarde-). Mis amigos eran casi todos de otros lugares. No echaba de menos “comunicarme en mi lengua con los míos”. Porque, a fin de cuentas, ¿quiénes eran los míos?

Por otro lado, empecé muy pronto a dar clases de español como segunda lengua, lo que implicó también impartir módulos de “aculturación”, como se llamaba entonces. Me gustaba el reto de no saber cómo sería mi alumno siguiente, qué esfuerzo tendría que hacer yo para ponerme en su lugar y tratar de avanzar con él. Esa manera de “caminar al descubierto” es algo que sigo practicando a día de hoy: me dejo sorprender, no llevo jamás un guión preestablecido, me abstengo de cultivar expectativas, me adapto en nanosegundos gracias al reflejo en la mirada del otro. Nunca se me ocurrió considerar el extrañamiento una amenaza, sino una herramienta portentosa para conocer a los demás mejor y desde luego a mí misma.

Soy profesora de comunicación intercultural desde el minuto uno de mi trayectoria. Y de eso hace mucho, muchísimo tiempo.





**Yumiko Saito**

**Nacida en Yokohama, Japón**

**Residente en Barcelona**

**Nivel de estudios: Licenciada en Comunicación / Periodismo**

A menudo la gente me pregunta : ¿Por qué has venido a Barcelona? El motivo es simple, vine por amor y para formar parte de una familia. No me imaginaba que terminaría siendo consultora de negocios internacionales.

Con el paso del tiempo tomé conciencia de que el amor que me trajo aquí no había sido un amor hacia una persona sino un amor hacia esta ciudad mediterránea. Era un amor más grande de lo que yo pensaba.

La mayoría de los occidentales piensan que los japoneses no muestran mucho sus sentimientos. Sin embargo, yo creo que la gran mayoría de nosotros somos muy románticos, tenemos mucha sensibilidad y lo expresamos aunque quizás lo hagamos de una manera distinta de los occidentales.

Desde hace más de mil años, nuestra cultura tradicional valora que todo se haga utilizando los cinco sentidos, sea admirar una obra de arte, disfrutar de un cuento o degustar un plato. Incluso la educación ética nos exige actuar con los cinco sentidos. Creo que la mayoría de los japoneses estamos acostumbrados a mostrar nuestros sentimientos sin utilizar demasiadas palabras. Porque sabemos que las palabras japonesas tienen no solo significado sino también alma y su propia vibración, crean espacios y producen sinergias.

Es muy difícil de precisar los fenómenos y los sentimientos con las palabras, sin embargo, sabemos manejarlas según nuestra educación y tradición. Además, creo que nuestra cultura tradicional / manera de ser es no necesario precisar las cosas. Es mejor dejar un margen a cada uno para que pueda hacer su propia interpretación.

Asimismo, nuestra sensibilidad va más allá del cuerpo físico. O sea, nuestra cultura no está basada en lo que se puede tocar sino que está basada en lo intangible . Además nuestra forma de comunicación es menos directa y precisa.

Otras veces, los japoneses, nos comunicamos sin palabras “a través del aire”, para que no haga falta decirlo todo y para que nadie se moleste. Por eso cuando encontramos a una persona que no puede entender lo que está ocurriendo o lo que se está diciendo, le preguntamos con un ligero tono de crítica “ 空気読めないの? (¿no puedes leer el aire?) ”

Como podéis ver, vengo de un país que tiene una filosofía y un estilo de comunicación totalmente distintos de Occidente. Podéis pues imaginaros el cambio drástico que tuve que hacer para adaptarme a la cultura europea / occidental? Es algo que no sabía que tendría que hacer.

Mi vida en Barcelona durante más de 12 años, ha significado una evolución paulatina entre dos culturas. La primera tarea fue aprender los idiomas que se hablan en Barcelona. No sabía nada de español ni de catalán. Pensaba que, cuando dominara la lengua, la comunicación sería más fácil, sin embargo, muchas veces he sentido que no he podido transmitir ni mi intención, ni mi sentimiento más profundo. Cuando esto ocurre siempre me pregunto “¿Es culpa mía?” Comparado con mi idioma japonés, el español tiene la capacidad de expresar de manera más eficiente el tiempo y el espacio. Me parece que la estructura de las lenguas latinas ha evolucionado para explicar todos los fenómenos y todas las cosas que ocurren en el mundo exterior. Quizás por esta razón, para mí ha sido y sigue siendo difícil conseguir explicar todos mis pensamientos y sentimientos.

Me costó darme cuenta de que dominar el idioma no es suficiente para lograr una comunicación profunda. Era necesario saber, analizar y reflexionar porqué a veces la gente no me entendía.

Después lo entendí. Nuestra tendencia personal está influida por la cultura, la historia, la tradición, y la educación entre otros. Así es cómo empecé a estudiar y a analizar mi cultura. Actualmente, a menudo hago presentaciones sobre la cultura japonesa.

Simultáneamente surgió en mí un interrogante, ¿Las personas de otros países entienden realmente cómo es el Japón? Cuando leo informes o veo reportajes sobre Japón hechos por una entidad occidental, pienso que están bien en general pero desde mi perspectiva como japonesa me doy cuenta de que en la mayoría de los casos el análisis que hacen de mi país no es profundo. Yo también lucho para que las personas, que no conocen nuestra cultura ni la sociedad japonesa, entiendan bien nuestra forma de ser y pensar. Sigo buscando la manera de poder explicar a las personas que viven en una cultura tan diferente de la japonesa, nuestros valores basados en las cosas que no se ven. Quizás ésa sea mi misión.

Desde que Japón empezó a absorber la cultura occidental hace 150 años, nuestra sociedad ha intentado occidentalizarse con rapidez, pero, por otro lado, ni nuestra filosofía ni nuestras tradiciones han cambiado. Afortunadamente no hemos perdido nuestra singularidad y seguimos intentando conciliar las diferencias y encontrar armonía y equilibrio.

En 2019, hará 14 años que vivo en Barcelona. Sigo estando enamorada de la Ciutat Comtal y sigo esforzándome para echar raíces profundas en esta tierra mediterránea. Espero que los frutos de mi vida aquí tengan un sabor equilibrado entre lo mediterráneo y lo japonés.